

Valdocco

Educadores con la mirada, la mente y el corazón de D. Bosco

Presentación de "Valdocco"

En su visita de animación a la Inspectoría, el **Rector Mayor** transmitió a los profesores de los colegios dos ideas fundamentales que todo educador salesiano debe considerar: "hacer de cada centro salesiano un **Valdocco** y ser la mirada, la mente y el corazón de Don Bosco."

Para poder cumplir con estas dos premisas es necesario conocer a Don Bosco de una forma profunda y actualizarlo a los tiempos que nos ha tocado vivir. Este material formativo nace con el fin de ayudar a los claustros a esta reflexión y de la invitación explícita que nos hace el Rector Mayor. De ahí que lleve un nombre que conecte con el origen del sistema preventivo: **Valdocco**.

Cada curso, desde la Coordinación Inspectorial de Escuelas, elaboraremos tres números (uno por trimestre) que serán enviados a los centros en formato digital para su uso en la formación personal o grupal de los miembros de la comunidad educativa.



El cuadernillo se divide en dos partes: la primera, bajo el epígrafe **Conocer a Don Bosco**, se centrará en desentrañar su historia, con un enfoque profundo; y la segunda **Ser Don Bosco hoy**, ofrecerá pistas sobre cómo aplicar en el aula y en los patios el modo de educar de

nuestro fundador, el Santo de los jóvenes, el Padre y Maestro de la juventud.

Esperamos con ilusión que sea de utilidad para todos y nos ayude a hacer "honrados ciudadanos y buenos cristianos."

El encuentro con Magone: icono de una relación educativa

Conocer a Don Bosco...

En cierta ocasión le preguntan a don Bosco sobre su concepción educativa. De manera muy llana y sencilla responde: “¡Quieren que exponga mi sistema! Pero si ni siquiera yo mismo lo sé. He ido siempre adelante sin sistemas, según me lo inspiraba el Señor y lo exigían las circunstancias”.

Estas palabras revelan el verdadero don Bosco. No tenía, en realidad, un sistema teórico; no actuaba basándose en un plan establecido y sistemático. El sistema educativo que empleaba era él mismo; su propia vida entregada a los muchachos. Confiaba plenamente en Dios y consideraba atentamente, con su razón y su corazón, las situaciones que se le iban presentando. Quizá don Bosco no se puso nunca a analizar y profundizar la pedagogía teórica; quizá no conocía a Rousseau, Pestalozzi o Fröbel. Pero, en cambio, sabía instintivamente cómo hablar con un joven, qué hacer para establecer inmediatamente una relación educativa.

Un curioso encuentro

Un ejemplo admirable lo constituye el “curioso encuentro” que tiene con el adolescente Miguel Magone en la estación de Carmagnola, al atardecer de un día de densa niebla. Don Bosco regresa al Oratorio de Turín; debe hacer trasbordo y esperar el próximo tren. Junto a la

estación, una turba de muchachos con sus juegos y gritos atrae enseguida su atención. Aprovechó la ocasión de estar todos rodeando a quien parecía su jefe, y en dos saltos se lanzó entre ellos. Todos huyeron, menos el jefe, que con aire autoritario empezó a hablar con él. Don Bosco le llama amigo y le hace preguntas sencillas, que llevan al muchacho a confesiones sinceras. Magone es un chico de la calle, huérfano, tiene 13 años, ni estudia ni trabaja. Y siente que lo que él mismo llama su “condenada vida” lleva el peligro del último paso, de la cárcel y de la perdición. En su franqueza, ni petulante ni descarada, don Bosco no ve en aquel “general de golfillos”, el mal que alejaría a cualquier otro. Su brío y su índole emprendedora le hacen entrever, por un lado, la mayor facilidad para perderse y, por otro, la posibilidad de una orientación hacia un buen resultado.

Por ello, don Bosco se dirige al fondo que ha descubierto bajo las apariencias y le propone un cambio de vida: continuar los estudios o aprender algún oficio. Él está dispuesto a ayudarlo. Le espera al día siguiente en Turín.

Magone es un muchacho del montón, arrancado de la calle, uno de tantos; no es un díscolo de correccional, ni un menor de edad delincuyente, sino un muchacho que, descuidado, está a punto de serlo. La mano educativa de don Bosco lo alcanza a tiempo, cambia su

vida y hace de él un joven honrado y buen cristiano, alcanzando en sus pocos años de vida “un maravilloso grado de perfección”. Esta es la lección pedagógica de este encuentro. Magone es un ejemplo de la pedagogía transformadora de don Bosco.

Pero ciñéndonos a la narración del encuentro, que don Bosco sitúa al comienzo de la biografía que sobre él escribe, podemos encontrar ya en ella, algunos de los rasgos más característicos de su acción educativa. Se trata de una pedagogía de la confianza, de la acogida incondicional, de la amistad, que implica en el educador, actitudes de cercanía, realismo, paciencia y mucho amor. Don Bosco descubre muy pronto la importancia de la relación educativa. Es el verdadero fulcro que sustenta toda la educación; si no existe, no se educa. Por ello quiere educadores “relacionales”. No solo aptos para la relación; han de amarla y cuidarla, porque la relación les hace partícipes de las necesidades juveniles, de su vida y de sus preocupaciones.

Una relación educativa basada en la confianza

En sus raíces, la pedagogía de don Bosco es una pedagogía de la confianza. Pide al educador confiar en el joven para hacer posible la confianza de este en el educador. Su opción por los jóvenes va unida a un fuerte optimismo educativo. Una y otra vez repite que sus con-

tactos con las cárceles y los correccionales le han hecho ver que “en general la juventud no es mala por sí misma; pero que casi siempre se hace tal en el contacto con los malvados y que estos mismos, separados unos de otros, son susceptibles de grandes cambios morales”.

Por eso destaca la importancia de prevenir. Él recibe en el Oratorio muchachos más difíciles que Miguel Magone, adolescentes entregados por la policía. No asume una actitud pesimista; pero tampoco un optimismo ingenuo. Es realista. Conserva siempre una imagen positiva de los jóvenes. Está convencido de que, en sus muchachos, como en todo ser humano, “hay más cosas dignas de admiración que de desprecio” (A. Camus); de que todo joven, por desgraciado que sea, tiene un punto accesible al bien y es el primer deber del educador descubrir ese punto, esa cuerda sensible del corazón, y sacar provecho de ella”. Por eso apuesta por una pedagogía de la esperanza: es la juventud la que regenerará la sociedad. La vida de Miguel Magone muestra, en concreto, que es posible recuperar a quien ha tenido un pasado poco favorable.

En el fondo de esta confianza en los jóvenes, está la confianza radical en la persona humana, que procede de la convicción de su dignidad, de su valor absoluto en cuanto persona. Y está también su amor y predilección por los jóvenes. Esta es la verdadera pasión de don Bosco, como tantas veces se lo declaró: “Difícilmente podréis encontrar quien os ame más que yo en Jesucristo y que más desee



vuestra felicidad”. En el espíritu educativo salesiano, el educador no abandona nunca a los jóvenes. Los conoce vitalmente, se preocupa de sus problemas, los ama de corazón.

La relación educativa promueve y favorece precisamente superar distancias, comprender su lenguaje, ir a ellos, escuchar sus demandas y aspiraciones, acogerlos incondicionalmente.

Ser Don Bosco, hoy

Conocer relatos concretos de la vida de D. Bosco es para nosotros, educadores de los Colegios Salesianos, una ocasión para reflexionar sobre cómo llevamos a la práctica esas intuiciones pedagógicas y espirituales que él vivió en Valdocco. La historia que se nos ha narrado, del encuentro en la estación de Carmagnola y posterior acompañamiento en Valdocco, de Miguel Magone es una referencia para reflexionar sobre nuestras relaciones educativas con los “Magones” de nuestros Colegios.

El encuentro de D. Bosco con este muchacho nos enseña que, como educadores, estamos llamados a mirar más allá de las apariencias. Qué fácil es en muchas situaciones realizar una mirada superficial a los chicos, que nos lleva a colocarles etiquetas más o menos verbalizadas, de las que luego nos es muy difícil salir. Las situaciones que viven los muchachos son tan complicadas, que no podemos calificarlos alegremente por los actos que podamos observar en el aula o en el patio. Como D. Bosco, tenemos que tener una mirada profunda capaz de ahondar en las raíces de lo que pueda estar pasando en la vida de nuestros chicos, más allá de sus comportamiento externos.

Para ello hay que saber acercarse a ellos y elegir el lugar y el momento oportuno para dialogar. Aquí la educación se vuelve arte y estrategia. Una palabra a destiempo crea una distancia afectiva que luego resulta muy difícil de recuperar. Especialmente si es una palabra que humilla o reprende en público. Un acercamiento en el te-

